

Georges Bataille

El ojo del gato

92

Es imposible no publicar a George Bataille en un número consagrado al Erotismo: últimamente se ha liberado a este escritor francés de la censura que impedía su difusión: varias obras se han traducido al español por editoriales españolas o latinoamericanas y sus obras completas se editan bajo la dirección de Michel Foucault en Gallimard. Insertamos ahora un breve fragmento de su novela "autopornográfica" Historia del Ojo, publicada con el pseudónimo de Lord Auch y que aparecerá pronto en la Editorial Premiá cuya colección Los brazos de Lucas contiene obras eróticas solamente, entre ellas Los once mil falos de Apollinaire, Las tres hijas de su madre y el Manual de civismo de Pierre Louys, Giamiani de Musset, Lulú la meona de Fernando de Tola y próximamente El pálido pie de Lulú de Hernán Lavín.

La R.

Crecí muy solo y desde que tengo memoria sentí angustia frente a todo lo sexual. Tenía cerca de 16 años cuando en la playa de X. encontré a una joven de mi edad, Simone. Nuestras relaciones se precipitaron porque nuestras familias guardaban un parentesco lejano. Tres días después de habernos conocido Simone y yo nos encontramos solos en su quinta. Vestía un delantal negro con cuello blanco almidonado. Comencé a advertir que compartía conmigo la ansiedad que me producía verla, ansiedad mucho mayor ese día porque intuía que se encontraba completamente desnuda bajo su delantal.

Llevaba medias de seda negra que le cubrían por encima de las rodillas; pero aún no había podido verle el culo (este nombre que Simone y yo empleamos siempre, es para mí el más hermoso de los nombres del sexo). Tenía la impresión de que si apartaba ligeramente su delantal por atrás vería sus partes impúdicas sin ningún reparo.

En el rincón de un corredor había un plato con leche para el gato: "Los platos están hechos para sentarse", me dijo Simone, ¿Apuestas a qué me siento en el plato?"—"Apuesto a qué no te atreves", le respondí, casi sin aliento.

Hacía muchísimo calor. Simone colocó el plato sobre un pequeño banco, se instaló delante de mí y sin separar sus ojos de los

míos, se sentó sobre él sin que yo pudiera ver como empapaba sus nalgas ardientes en la leche fresca. Me quedé delante de ella, inmóvil; la sangre subía a mi cabeza y mientras ella fijaba la vista en mi verga que, erecta, distendía mis pantalones, yo temblaba.

Me acosté a sus pies sin que ella se moviese y por primera vez ví su carne "rosa y negra" que se refrescaba en la leche blanca. Permanecemos largo tiempo sin movernos, tan conmovidos el uno como el otro. De repente se levantó y ví escurrir la leche a lo largo de sus piernas, sobre las medias. Se enjuagó con un pañuelo pausadamente dejando alzado el pie, apoyado en el banco, por encima de mi cabeza y yo me froté vigorosamente la verga sobre la ropa, agitándome amorosamente por el suelo. El orgasmo nos llegó casi en el mismo instante sin que nos hubiésemos tocado, pero cuando su madre regresó, aproveché, mientras yo permanecía sentado y ella se echaba tiernamente en sus brazos, para levantarle por atrás el delantal sin que nadie lo notase y poner mi mano en su culo, entre sus dos ardientes muslos.

Regresé corriendo a mi casa, ávido de masturbarme de nuevo, y al día siguiente por la noche estaba tan ojeroso que Simone, después de haberme contemplado largo rato, escondió la cabeza en mi espalda y me dijo seriamente "no quiero que te masturbes sin mí".

Así empezaron entre la jovencita y yo relaciones tan cercanas y tan obligatorias que nos era casi imposible pasar una semana sin vernos. Y sin embargo apenas hablábamos de ello. Comprendo que ella experimente los mismos sentimientos que yo cuando nos vemos pero me es difícil describirlos. Recuerdo un día cuando viajábamos a toda velocidad en auto y atropellamos a una ciclista que debió haber sido muy joven y muy bella: su cuello había quedado casi decapitado entre las ruedas. Nos detuvimos mucho tiempo, algunos metros más adelante, para contemplar a la muerta. La impresión de horror y de desesperación que nos provocaba ese montón de carne ensangrentada, alternativamente bella o nauseabunda, equivale en parte a la impresión que resentíamos al mirarnos. Simone es grande y hermosa. Habitualmente es muy sencilla: no tiene nada de angustiado ni en la mirada ni en la

77

Traducción de Margo Glantz



BA EN TITULO
KLAUS ROEDEL

93

voz. Sin embargo, en lo sexual se muestra tan bruscamente ávida de todo lo que violenta el orden que basta el más imperceptible llamado de los sentidos para que de un golpe su rostro adquiera un carácter que sugiere directamente todo aquello que está ligado a la sexualidad profunda, por ejemplo la sangre, el terror súbito, el crimen, el ahogo, todo lo que destruye indefinidamente la beatitud y la honestidad humanas. Ví por primera vez esa contracción muda y absoluta (que yo compartía), el día en que se sentó sobre el plato de leche. Es cierto que apenas nos mirábamos fijamente, excepto en momentos parecidos. Pero no estamos satisfechos y sólo jugamos durante los cortos momentos de distensión que siguen al orgasmo.

Debo advertir que nos mantuvimos largo tiempo sin acoplarnos. Aprovechábamos todas las circunstancias para librarnos a actos poco comunes. No sólo carecíamos totalmente de pudor, sino que por lo contrario algo impreciso nos obligaba a desafiarlo juntos, tan impúdicamente como nos era posible. Es así que justo después de que ella me pidió que no me masturbase solo (nos habíamos encontrado en lo alto de un acantilado), me bajó los pantalones, me hizo extenderme

por tierra, luego ella se alzó el vestido, se sentó sobre mi vientre dándome la espalda y empezó a orinar mientras yo le metía un dedo por el culo que mi semen joven había vuelto untuoso. Luego se acostó, con la cabeza bajo mi verga, entre mis piernas; su culo al aire hizo que su cuerpo cayera sobre mí; yo levanté la cara lo bastante para mantenerla a la altura de su culo: sus rodillas acabaron apoyándose sobre mis hombros— “¿No puedes hacer pipí en el aire para que caiga en mi culo?”, me dijo “—Sí, le respondí, pero como estás colocada, mi orín caerá forzosamente sobre tus ropas y tu cara”— “¡Qué importa!” me contestó; hice lo que me dijo, pero apenas lo había hecho la inundé de nuevo, pero esta vez de hermoso y blanco semen.

El olor de la mar se mezclaba entretanto con el de la ropa mojada, el de nuestros desnudos y el del semen. Caía la tarde y permanecimos en esta extraordinaria posición sin movernos hasta que escuchamos unos pasos que rozaban la hierba.

— “No te muevas, te lo suplico”, me pidió Simone. Los pasos se detuvieron pero nos era imposible ver quién se acercaba. Nuestras respiraciones se habían cortado al unísono. Levantado así por los aires, el culo de Simone representaba en verdad una plegaria todopoderosa, a causa de la extrema perfección de sus dos nalgas, angostas y delicadas, profundamente tajadas; estaba seguro de que el hombre o la mujer desconocidos que la vieran sucumbirían de inmediato a la necesidad de masturbarse sin fin al mirarlas. Los pasos recomenzaron, precipitándose, casi en carrera; luego ví aparecer de repente a una encantadora joven rubia, Marcelle, la más pura y conmovedora de nuestras amigas.

Estábamos tan fuertemente enracimados en nuestras horribles actitudes que no pudimos movernos ni siquiera un palmo y nuestra desgraciada amiga cayó sobre la hierba sollozando. Sólo entonces cambiamos nuestra extravagante posición para echarnos sobre el cuerpo que se nos libraba en abandono. Simone le levantó la falda, le arrancó el calzón y me mostró, embriagada, un nuevo culo, tan bello, tan puro, como el suyo: La besé con rabia al tiempo que la masturbaba: sus piernas se cerraron sobre los riñones de la extraña Marcelle que ya no podía disimular los sollozos.